



CONCEPTOS
Y FENÓMENOS
FUNDAMENTALES
DE NUESTRO
TIEMPO

UNAM

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES

POPULISMO
HORACIO CERUTTI GULDBERG

Enero 2009

POPULISMO

Por Horacio Cerutti Guldberg

Un tópico remanido en los trabajos dedicados a populismo aconseja comenzar diciendo que es un término resbaladizo, polisémico, poco claro, confuso, porque se refiere a un fenómeno no bien delimitado ni fácilmente delimitable, enigmático, con muchos elementos convergentes y difíciles de discriminar. Quizá la expresión que resumiría, sintéticamente, estas dificultades sería: ambigüedad. Y es que la ambigüedad constituye característica inherente a los fenómenos y a la retórica populista. Por ende, afecta directamente a la terminología y a la dimensión ideológica correspondiente. Ambigüedad en cuanto a la transformación efectiva de la situación socio política o pura apariencia. Ambigüedad en cuanto a la exigencia de participación de la ciudadanía en la vida política o pura apariencia. Ambigüedad en cuanto a la distribución de los ingresos o pura apariencia. Y no es exageración reiterar lo de apariencia, porque esto tiene que ver con cierta maestría en el ejercicio político populista, más allá o más acá de las mejores intenciones de muchos de sus participantes en diversos niveles, básicamente en tres: en el del liderazgo, en el del asesoramiento y servicio directo a ese liderazgo y en el del pueblo o popular.

Frente a la abrumadora bibliografía dedicada al tema resulta poco probable aportar algún enfoque totalmente novedoso. Sin embargo, no hay que descartar el esfuerzo ingente de acumular abordajes y tratar de no descuidar nada –lo cual resulta poco menos que imposible- acerca de tan polifacético fenómeno. Alcanzar a sugerir algunas líneas de tratamiento complementario y hasta alternativo, ya significaría un aporte no desdeñable.

Lo primero, quizá, que debería consignarse es que el término se ha utilizado para fenómenos muy diversos en diferentes partes del mundo. Y en sus mismos orígenes se ha visto entremezclado con otros (depende cómo se los enfoque) fenómenos tan o más enmarañados. Con todo, rasgos de esas combinaciones subsisten, más o menos rediseñados en situaciones más cercanas. Es indispensable, por ello, efectuar siempre un esfuerzo de contextualización para no desvirtuar completamente su abordaje¹. Además, desde el punto

¹ Un panorama sugerente se encuentra en Carlos M. Vilas (compilador), *La democratización fundamental. El populismo en América Latina*. México, CONACULTA, 1995, 559 págs. Conviene anotar la definición de Vilas: “En América Latina se denomina populismo al tipo de régimen o de movimiento político que expresa una coincidencia inestable de intereses de sectores y elementos subordinados de las clases dominantes y de fracciones emergentes, sobre todo urbanas, de las clases populares. Este populismo enmarca el proceso de incorporación de las clases populares a la vida política institucional...” (p. 37). Y, más adelante, insiste: “...

de vista ideológico hay que tomar en cuenta que siempre se han manifestado tanto versiones de izquierda como de derecha, progresistas y conservadoras en estos movimientos y a su interior. Además, operan implícitas visiones filosóficas de la historia, de la cultura y antropológicas muy difíciles de controlar racionalmente y, muchos menos, de fundamentar empíricamente, particularmente cuando se incorporan nociones como “atraso”, “subdesarrollo”, “modernización”, etc.²

Por ejemplo, en Polonia surgió el populismo a inicios del siglo XIX estrechamente articulado al mesianismo y al milenarismo³. Esas propuestas estaban ancladas en los sectores campesinos de Europa del Este y, posteriormente, de Rusia y conllevaban, además del componente explícitamente religioso –expresamente católico para los polacos– también la intención –y convicción– acerca de la factible elusión, salto o brinco de la etapa capitalista (industrializada) para arribar, evitando ese doloroso tránsito, al mundo deseado, generalmente muy cercano a las vivencias comunitarias, comunales, precapitalistas del pasado, visualizadas, paradójicamente, como estadios de destino futuro. El etapismo teleologista, en ese sentido, aparecía cuestionado y factible de alteración.

Para el caso de nuestra América, resulta sumamente sugerente comparar ciertas periodizaciones del marxismo con los avatares del populismo. Y es que el período de los populismos clásicos (1930-1950, según fechas reiteradas básicamente en la mayoría de los estudios) vendría a coincidir, sugestivamente, con el de parálisis, de falta de creatividad en la reflexión y práctica marxistas en la región o “período de estancamiento (1935-1959)”⁴. Este período se cerraría con la Revolución Cubana, la cual abriría, a su vez, una fecunda

siguiendo a Mannheim, se denomina democratización fundamental [a lo que] desde mi punto de vista es el rasgo y el efecto fundamental del populismo latinoamericano...” (p. 100). También subrayará el efecto de la crisis del año 1929 y las oportunidades que abrió para la industrialización de la región (cf. p. 125). Su antología incluye un trabajo de él mismo elaborado en 1988, en el que culmina distinguiendo estos procesos de las revoluciones (cf. pp. 148-149).-

² Para un adelanto de estos planteos, remito a mi “Algunas reformulaciones actuales del populismo” en: Horacio Cerutti Guldberg, Carlos Mondragón González y J. Jesús María Serna Moreno (coordinadores), *Resistencia, democracia y actores sociales en América Latina*. México, CIALC (UNAM) / Eón, 2008, pp. 63-75.-

³ Cf. los documentados estudios de Eugeniusz Górski, “Mesianismos periféricos”, “Algunas variantes de populismo” y “El destino del marxismo” en: *Dependencia y originalidad de la filosofía en Latinoamérica y en la Europa del Este*. Trad. del inglés Jorge Padín Videla. México, CCyDEL (UNAM), 1994, pp. 117-195. Górski prolonga las investigaciones de Andrzej Walicki (Varsovia, 1930), para quien “el populismo es un socialismo de orientación campesina que surge por lo general en países económicamente atrasados y que sufren angustiosos problemas de modernización” (p. 139).-

⁴ Górski, *op. cit.*, p. 173.-

etapa de creatividad y fertilidad marxista en la región⁵. Subrayar esta coincidencia no constituye un detalle menor, porque el populismo sería impensable sin sus compañeros de ruta / aliados / enemigos / referentes / interlocutores, etc.: liberalismo y socialismo (marxismos). No cabe, en efecto, abordarlo aisladamente. Y, mucho menos, ignorando las articulaciones y postulaciones del nacional socialismo. En *Mein Kampf* de Adolf Hitler quedaban perfectamente caracterizados (y ¿caricaturizados?) desde 1925 algunos de los rasgos más propios de estas propuestas⁶. Quizá una de las claves de lectura de este fenómeno consista en la pretendida tercera posición, expresada de manera concisa en plena guerra fría en la consigna del peronismo argentino: “ni yanquis, ni marxistas; peronistas”. Lo que sí parece destacable y conviene advertirlo, es que justamente cuando el marxismo se paralizaba o se reiteraba rutinizadamente, los populismos adquirieran fuerza significativa en la región. A la falta de creatividad e innovación de una postura, correspondió la relativa hegemonía de la otra y sus logros históricos más significativos e irreproducibles hasta el presente. Quizá por aquello de que la historia no se repite, pero en todo caso no porque no se lo haya intentado o procurado a altísimos costos. Y es que, conviene enfatizarlo, difícilmente han obtenido los sectores mayoritarios de la población mejores condiciones de vida, en cuanto a satisfacción de necesidades, que durante esas etapas de populismos clásicos⁷. Lo cual no deja de estar grabado en varios estratos de la memoria colectiva y se hace patente en obras públicas que no han tenido réplica ulterior.

Otro aspecto relevante a mencionar, es la necesaria distinción que debe establecerse, dentro de esos populismos clásicos, entre la primera variante, más ‘política’ (producida

⁵ Sobre esta etapa (1959-1989) hay muchísimo que estudiar todavía. Es interesante el desarrollo de investigaciones que se están promoviendo en la República Bolivariana de Venezuela. Cf., por ejemplo, la puesta al alcance de trabajos de Ludovico Silva, *En busca del socialismo perdido*. Caracas, Fondo Editorial Ipasme, 2007, 107 págs.; Johan Méndez-Reyes, “Historia de las ideas en Venezuela: Rodolfo Quintero” en: *Revista de Filosofía*. Maracaibo, Universidad del Zulia, nº 55, enero-abril 2007, pp. 105-138.-

⁶ Cf. el esfuerzo por establecer las conexiones íntimas entre la filosofía de Heidegger y la ideología nazi de Julio Quesada, *Heidegger de camino al Holocausto*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2008, 332págs. Prolongando el esfuerzo de Víctor Farías, el autor compara, entre otros recursos, los textos contextualizados, por cierto, de Hitler y Heidegger durante los años 20 y los 30 y se afana por dejar en claro la dimensión *völkisch* (nacionalracista, aria, ‘popular’) del na[z]ionalsocialismo. Para el liberalismo, sigue resultando de consulta interesante el enfoque de José Guilherme Merquior (1941-1991), *O liberalismo antigo e moderno*. Trad. Henrique de Araujo Mesquita. Rio de Janeiro, Nova Fronteira, 1991, 260 págs.-

⁷ El caso peruano y, particularmente de Mariátegui, presenta aspectos muy relevantes para esta comparación. Sigue siendo un texto de consulta relevante el de Aníbal Quijano a finales de los setenta: “Prólogo. José Carlos Mariátegui: reencuentro y debate” en: *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 3ª ed. corregida y ampliada, 2007, pp. IX-CXVIII. Entre los estudios más recientes, hay que consignar el trabajo de conjunto muy exhaustivo de David Sobrevilla, *El marxismo de Mariátegui y su aplicación a los 7 ensayos*. Prólogo de Antonio Melis. Lima, Universidad de Lima, 2005, 499 págs.-

entre las dos Guerras) y la segunda, con un énfasis mayor en aspectos ‘sociales’ (post segunda Guerra). Y, efectuadas estas salvedades, resulta aceptable afirmar que la “necesidad de hallar una solución no violenta a la cuestión social mediante la incorporación política y la integración social de las masas constituye la esencia del populismo latinoamericano”⁸. Esto tiene que ver con el cuestionamiento de lo que se denominaría en décadas ulteriores “partidocracia liberal” y con las limitaciones de la democracia parlamentarista, ya cuestionada en sus bases mismas por el nacionalsocialismo.

Y es justamente en este populismo de nuestra América en el que debe centrarse la presente reflexión. Para comenzar la noción misma de “pueblo” constituye una de las primeras manifestaciones de ambigüedad ya mencionadas. Por debajo o al interior de ese término se esconde de todo. Pero, básicamente aquello que se le pretende atribuir a las masas urbanas, en una gran mayoría para aquellos años de mediados del siglo pasado integradas por migrantes rurales a las grandes urbes y, por lo demás, aludidas con un ingrediente nacionalista que procuraba armonizar diferentes componentes de clase⁹. Con este esfuerzo, policlasista y abiertamente enfrentado al reconocimiento de la lucha de clases y, mucho más, encarnizadamente opuesto a su posible promoción –como era la versión que estos mismos liderazgos atribuían a la izquierda social marxista- aparecía asociada la noción misma de “burguesía nacional”, la cual constituyó tópico de debate durante décadas, intensificado hacia el último tercio del siglo pasado. La noción de “pacto social” tuvo que ver también con este esfuerzo, que en la sugestiva terminología peronista se expresó, sin ironía, en la noción de “capital humanizado”. Todo esto conllevaba una cierta atribución de irracionalidad hacia las masas y un énfasis en la relación líder (carismático) / masas espontáneas y requeridas de conducción. Lo que hoy se denomina “governabilidad” era quizá el punto nodal de la preocupación de los liderazgos. Cómo no perder el control y, sobre todo, la conducción táctica y estratégica del proceso de afirmación nacional, en medio de un incremento de la sustitución de importaciones y de un esfuerzo ineludible por

⁸ Cf. el muy buen trabajo del colega israelí Raanan Rein, especialista en el peronismo argentino, sobre “Populismo” en: Hugo A. Biagini y Arturo A. Roig (directores), *Diccionario del pensamiento alternativo*. Buenos Aires, Biblos / Universidad Nacional de Lanús, 2008, pp. 418-420. Por lo dicho, constituyen lectura complementaria indispensable dentro de esta misma obra los también excelentes trabajos de Hugo Chumbita, “Nacionalismo de izquierda”, pp. 361-363 y de Adrián Celentano, “Nueva izquierda”, pp. 375-378.-

⁹ Cf. antecedentes culturales importantes, y no siempre tomados en consideración, en las manifestaciones literarias costumbristas, nativistas y criollistas de fines del XIX, así como en el arielismo y el nacionalismo cultural de principios del XX en el trabajo del historiador de las ideas colombiano Javier Ocampo López, *Historia de la cultura hispanoamericana siglo XX*. Bogotá, Plaza y Janés, 1987, pp. 32-101.-

la ampliación y extensión de los servicios básicos (salud, educación, vivienda, oferta de trabajo) para las amplias mayorías, con posterioridad a la tremenda crisis del año 1929. Conviene subrayar que esos populismos clásicos se desarrollaron en la región durante la etapa *fordista* y *taylorista* del capitalismo, en la cual el proletariado industrial, organizado sindicalmente, cumplía un papel relevante. Frente a ello, tiene la mayor validez la propuesta de entenderlos desde el punto de vista de los sectores dominantes como populismos y del punto de vista de los sectores dominados como mesianismos¹⁰. Vale decir, desde “arriba” populismos, en tanto manipulación y seducción sometedora de las masas. Y desde “abajo” mesianismos, en tanto convergencia de creencias en la capacidad sobrehumana del líder o lideresa para resolver los problemas de las mayorías. Liderazgo carismático capaz de encarnar la satisfacción de todas las demandas. Y es que disponer del poder del estado, mediante un gobierno masivamente legitimado, no era un detalle despreciable. Y aquí conviene extremar las precauciones, porque si bien estos sectores de masas procuraban autoafirmarse, lo que rondaba por debajo de la actuación de los liderazgos, incluso en su esfuerzo de valorización más explícita de esas masas populares, era la psicología de masas de un *Le Bon* o el peyorativo enfoque de un Ortega¹¹. Un cierto voluntarismo, poco justificable, ha llevado a asignarle a esas masas, entendidas casi sacralmente como “pueblo”, una pretendida exterioridad, que tiene asideros en términos de participación política y de beneficios del sistema, pero que no se justifica en términos de condición ontológica o metafísica constitutiva, como si fuera factible ese vacío histórico estructural de manera efectiva y previa (o más allá, como se prefiera) del lenguaje. Por supuesto, que si se argumenta que el lenguaje construye la realidad, pues entonces la trampa se cierra y se puede seguir discurriendo a partir de allí lo que se guste, al arbitrio del emisor respectivo.

A sabiendas del riesgo de auto citarse, conviene reproducir un párrafo en el que intentaba, a finales de los setenta del siglo pasado, bosquejar los más destacados rasgos del populismo en diversos niveles disciplinarios.

¹⁰ Cf. el estupendo estudio de Marilena Chaui, “Democracia, populismo e messianismo no Brasil” en: Carlos B. Gutiérrez (editor), *El trabajo filosófico de hoy en el continente*. Actas del XIII Congreso Interamericano de Filosofía. Bogotá, Julio 4 al 9 de 1994. Sociedad Interamericana de Filosofía / Sociedad Colombiana de Filosofía, 1995, pp. 949-960.-

¹¹ Cf. el giro discursivo, retórico y hasta psicoanalítico que le diera en su último libro Ernesto Laclau, *La razón populista*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005, 312 págs.-

Este “populismo” podría caracterizarse en política como el manipuleo de las masas en cuanto a intereses, anhelos, expectativas y necesidades, sin garantizar los canales efectivos para su gestión; en teología como la identificación lisa y llana de la noción bíblica de “pueblo” con el pueblo concreto del aquí y ahora latinoamericanos; en sociología y economía como la alternativa terminológica “pueblo / Nación” al análisis de clase; en filosofía como la mixtificación del término “pueblo” convirtiéndolo en un universal ideológico, olvidando la realidad contradictoria que constituye al pueblo en tanto fenómeno de clase¹².

En su abigarramiento sintético este párrafo brinda una idea aproximada de los elementos que integraban este complejo fenómeno en los ámbitos político, teológico, sociológico, económico y filosófico para esos años finales de la década de los setenta, particularmente en el sur del continente.

Actualmente, a partir quizá de la última década, se asiste a un renacimiento del uso del término. Se habla de neopopulismos y de populismos radicales. Pero, esto hay que rastrearlo con cuidado, porque durante la llamada década perdida de los ochenta, con la instauración generalizada de la hegemonía del denominado neoliberalismo, las políticas populistas fueron denostadas, mientras se las practicaba en sus aspectos conservadores y retrógrados del modo más descarado, en el sentido de manipuleo de los sectores más desfavorecidos y crecientemente excluidos de posibles beneficios públicos con dádivas y subsidios ‘caritativos’ y ‘solidarios’. Es lo que se caracterizó en los ’90 como el oxímoron “neoliberal neopopulismo”¹³. En relación con este punto es sumamente relevante advertir que no conviene separar la dimensión política de la dimensión económica en el análisis del

¹² Horacio Cerutti Guldberg, “Posibilidades y límites...” (1978) en: *Filosofías para la liberación: ¿liberación del filosofar?* San Luis, Argentina, Universidad Nacional de San Luis, 3ª ed. corregida, 2008, p. 39. Acerca del estado de la discusión sobre el populismo en los setenta del siglo pasado, remito a mi: *Filosofía de la liberación latinoamericana*. México, FCE, 3ª ed. corregida y ampliada (1ª ed. 1983), 2006, pp. 302-330.-

¹³ La necesidad de examinar de modo específico esta experiencia y de compararla rigurosamente con la expresión “clásica” es resaltada en la excelente ponencia del colega polaco Henry Szlajfer, “Latin American “classical” populism and economic nationalism: style and content revisited” presentada en Varsovia, con motivo del XX aniversario del CESLA, 26-29 de mayo de 2008, en prensa con las memorias del coloquio.-

fenómeno clásico, porque entonces de nueva cuenta se diluye toda referencia específica¹⁴. Esto es lo que se haría posteriormente. Con el incremento de la resistencia popular y la progresiva organización de propuestas alternativas en un cuestionamiento cada vez más radical a las políticas neoliberales, ha vuelto a resurgir el término, ahora maquillado como “neo” o “radical”, para oponerse a cualquier forma de articulación de la movilización popular en pro de la construcción de un futuro alternativo. Esto no deja de ser un intento discursivo por estigmatizar búsquedas alternativas¹⁵.

Con todo, ubicados de este lado del proceso, en el esfuerzo por compartir y apoyar esas búsquedas tan esperanzadoras, viejos tópicos requieren de tratamientos renovados para evitar confusiones y recaídas en vías intransitables o que ya mostraron su infecundidad teórica y/o práctica. Hoy resurge la reivindicación de las soberanías nacionales articuladas a lo que fueron estas décadas perdidas en la sumisión a una apertura de mercados que supuestamente derramaría bienes a diestra y siniestra y lo que ha producido son los grados de más pobreza, marginación y exclusión registrados en la historia de la región (y, por supuesto, a nivel mundial). Aunque parece que está claro que difícilmente se obtendrá esa soberanía, ni siquiera parcialmente, sin integración de la región, sin un bloque fuertemente unido, cuya formación exige –en otro sentido- cesión de soberanía y rediseño del ejercicio de la misma. También se vuelve a hablar del socialismo y del imperialismo, nociones que habían sido desterradas de los ámbitos públicos y no se diga de las rutinas académicas. Lo cual muestra que la cuestión no es de palabras. Porque se puede dejar de pronunciarlas, pero los hechos siguen allí tan campantes y agudizándose sus conflictivas. También vuelve a colocarse sobre la mesa de la discusión las propuestas reformistas y revolucionarias. ¿Cómo distinguir las?, ¿cómo situarse en medio de ellas adecuadamente?, ¿cómo, por lo menos, encontrarles un sentido adecuado? Son preguntas e interrogantes que se acumulan en una coyuntura marcada por la esperanza, por las potencialidades, por experiencias sumamente estimulantes, junto a convergencias, confusiones, espasmos, supuestas ‘neutralidades’, pasmos, perplejidades categoriales e ideológicas crecientes. Nociones

¹⁴ Conviene tomar muy en cuenta lo señalado en su oportunidad por Carlos M. Vilas: “... usar con frecuencia etiquetas viejas para fenómenos nuevos puede ser la mejor manera de confundir las cosas en vez de esclarecerlas” (*op. cit.*, p. 100).-

¹⁵ Un esfuerzo por esclarecer sus matices lo realiza Roberto Follari, “Los neopopulismos latinoamericanos como reivindicación de la política” en: *Cuadernos Americanos*. México, CIALC (UNAM), Segunda Época, año XXII, vol. 4, n° 126, octubre-diciembre 2008, pp. 11-27.-

como clase, sujeto, movimiento, comunidad siguen estando a la orden del día en el debate y en las búsquedas protagonizadas por miles de personas y que afectan a todas y todos en la región. Es impensable que la vieja oposición burguesía / proletariado pretenda dar cuenta de la realidad social. Pero, si junto con ella se echa por la borda el conflicto social y se pretende anular todo tipo de análisis de clase, el costo es demasiado alto. Si, consecuentemente, se pretende hacer del proletariado o del campesinado o de los indígenas o de cualquier otro sector social (mujeres, estudiantes, lesbianas u homosexuales) *el* sujeto por antonomasia de la transformación social, se deja también demasiado de lado. Si se presupone que los movimientos sociales son esos sujetos, supuestamente homogéneos y garantes del cambio *per se*, también se cae en simplificaciones insostenibles. En fin, si se apuesta todo por unas supuestas comunidades o unos pueblos originarios presuntamente impolutos, tampoco se avanza. Que estos debates están en el meollo mismo de la situación actual, no caben dudas. Que se puedan resolver de manera simplista, no parece probable y, mucho menos, sin tomar en cuenta lo ya andado en práctica y en teoría respecto de ellos en la región y los antecedentes fuera de ella¹⁶. Incluso se llegó a plantear, en las décadas finales del siglo pasado, coincidiendo con lo que posteriormente se denominaría la transitología, que el conflicto social era cuestión decimonónica y ello permitía, por cierto sustentar discursivamente, una transición a la democracia frente a las dictaduras de la región¹⁷. Por todo ello, aquí, más bien, convendría resituar la atención en la práctica y en la institucionalidad política, con sus dimensiones simbólicas (de origen religioso), donde las cualidades carismáticas de los liderazgos ejercen una función decisiva, justamente porque tienen que ver con la toma de decisiones que afectan al conjunto. Y aquí se arriba al punto neurálgico que subyace siempre al debate respectivo. ¿Quién toma las decisiones, en función de qué, con qué modalidades de legitimación, con qué posibilidades de rectificación, vías de responsabilidad e indispensables evaluaciones? La clave heurística para estas preguntas tiene que ver con la participación efectiva o elusiva de las bases de la

¹⁶ Para el decisivo caso boliviano cf., entre otros muy sugerentes trabajos, del boliviano Luis Tapia, *Política salvaje*. La Paz, Muela del Diablo / CLACSO / Comuna, 2008, 126 págs.; de la mexicana-boliviana Raquel Gutiérrez, *Movimientos sociales: antagonismo y emancipación*. México, Casa de Ondas, [s.f., ¿2005?], 76 págs.; del argentino Gustavo Cruz, *Crítica a la política-estética racializada desde el movimiento indígena en Bolivia (aproximación filosófica a la liberación indígena-popular)*. México, Tesis de Maestría en Estudios Latinoamericanos, UNAM, 2008, 346 págs.-

¹⁷ Sigue siendo de gran importancia, por ello, el aporte crítico del colega peruano Carlos Franco, *Acerca del modo de pensar la democracia en América Latina*. Lima, Friedrich Ebert Stiftung, 1998, 295 págs.-

sociedad, de las masas, de la gente, de la población o del pueblo –como se prefiera o sea pertinente, según los casos, denominar (lo / se). Cuando esta posibilidad se abre, no se está en presencia de populismo. Cuando esta posibilidad de que la gente participe en las decisiones que la afectan se cierra o se niega o se bloquea, el populismo sigue tan campante su derrotero. Y es que la carga peyorativa del término tiene justificación, en la medida en que remite a ese juego frustrante según el cual el pueblo cree –o se le hace creer- que tiene el poder, aunque de verdad nunca lo ejerce efectivamente. Y esto, por cierto, reconduce la discusión a las relaciones entre democracia directa y democracia representativa, la cual en la mayoría de los casos se pervierte en puramente delegativa, sin posibilidades de exigir que los que mandan obedezcan¹⁸. Vale decir, traicionando los principios de la doctrina de la soberanía popular, misma que está a la base de cualquier concepción de la democracia, con anterioridad incluso al liberalismo. Cuyos principios se hicieron manifiestos en las propuestas de emancipación de finales del siglo XVIII y principios del XIX en esta América, bajo la forma de la teoría “populista” de la Escuela de Salamanca, la cual reivindicaba la soberanía para el pueblo en ausencia, imposibilidad o incumplimiento por parte del monarca¹⁹.

Una vez concluido este texto se tuvo acceso a dos publicaciones valiosas, las cuales hay que consignar. Uno de estos trabajos está dedicado a examinar las propuestas de Andrés Manuel López Obrador en México y concluye distanciando las propuestas del político mexicano del populismo en tanto mito o “relato inventado” e identificándolo como un político “pragmático”²⁰. Por su parte, en el último número de la revista que publica el Instituto Sverdlin de Historia y Cultura de América Latina de la Universidad de Tel Aviv, se dedica una sección a lo que denominan “Núcleo temático: populismo y Estado”. Allí se incluyen cuatro excelentes trabajos, que permiten incorporar al análisis facetas no siempre cuidadosamente examinadas como la representación en el populismo y el caso ecuatoriano, en el artículo de Carlos de la Torre; la dimensión religiosa y la regeneración del populismo,

¹⁸ Cf. Horacio Cerutti Guldberg, *Democracia e integración en nuestra América (ensayos)*. Mendoza, Argentina, Editorial de la Universidad Nacional de Cuyo, 2007, 182 págs.-

¹⁹ Un texto ya clásico al respecto es el de O. Carlos Støtzer, *Las raíces escolásticas de la emancipación en la América española*. Madrid, Centro Estudios Constitucionales, 1982, 479 págs. Entre los valiosos estudios que están proliferando con motivo de estas conmemoraciones cf. Manuel Chust (coordinador), *1808 La eclosión juntera en el mundo hispano*. México, FCE / El Colegio de México, 2007, 404 págs.-

²⁰ Cf. Steven Johansson M., “¿AMLO, populista?”, en: *Casa del Tiempo*. México, UAM, vol. II, época IV, número 14-15, diciembre 2008-enero 2009, pp. 17-20.-

en el de Loris Zanatta; las especificidades que todavía adopta en ciertas regiones de Chile, en el de Emmanuelle Barozet y las complejas relaciones entre la oligarquía agraria y el peronismo argentino antes de 1955, en el de Noemí M. Girbal-Blacha²¹.

Conviene insistir, por lo tanto, en este punto neurálgico de toda la interpretación acerca del populismo y, en verdad, de todo ejercicio emancipador de la política: la participación de la gente, de las mayorías, de manera efectiva en las decisiones correspondientes. Si hay esa participación, el populismo se difumina. Si no la hay, el populismo como manipulación y gran patraña se consolida y la ideologización se intensifica, cuando los muchos se ven obligados a someterse a los dictados arbitrarios de unos pocos. Pero, ¿difiere eso de las rutinas políticas, incluso de las más supuestamente ‘democráticas’? Sí. Porque en el caso de los populismos se monta toda una narrativa y una construcción simbólica según la cual se pretende rebasar esas falsificaciones de una democracia delegativa y sin control de la representación. Cayendo en un nuevo fiasco, perfectamente prefigurado por liderazgos con modalidades carismáticas no generalizables.

¿Restan posibilidades para un ejercicio político alternativo? Por supuesto. Y asistimos, felizmente, en nuestros días a esas búsquedas incesantes en nuestra América, con todos sus riesgos, errores y, también, aciertos y apertura de posibilidades. Experiencias construidas con inmenso esfuerzo y a muy alto costo desde las bases de nuestras sociedades y desde lo profundo de nuestras historias, para dar ocasión desde el presente a la articulación de un futuro inédito e ingeniosamente construido. Siempre y cuando se tome en cuenta que el problema político lo es también, por su propia naturaleza, económico, social, cultural, etc. Lo cual no es fácil de admitir y no suele ser muy visible desde las rutinas academicistas, siempre insuficientes a la hora de dar cuenta de lo que ocurre y se cristaliza colectivamente.-

²¹ Cf. “Núcleo temático: populismo y Estado”, en: *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y El Caribe*. Tel Aviv, Universidad de Tel Aviv, vol. 19, número 2, julio-diciembre 2008, pp. 7-89.-

BREVE GUÍA DE LECTURAS:

- Eugeniusz Górski, *Dependencia y originalidad de la filosofía en Latinoamérica y en la Europa del Este*. México, CCYDEL (UNAM), 1994, 197 págs.-
- Marilena Chaui, “Democracia, populismo e messianismo no Brasil” en: Carlos B. Gutiérrez (editor), *El trabajo filosófico de hoy en el continente*. Actas del XIII Congreso Interamericano de Filosofía. Bogotá, Julio 4 al 9 de 1994. Sociedad Interamericana de Filosofía / Sociedad Colombiana de Filosofía, 1995, pp. 949-960.-
- Carlos M. Vilas (compilador), *La democratización fundamental. El populismo en América Latina*. México, CONACULTA, 1995, 559 págs.
- Ernesto Laclau, *La razón populista*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005, 312 págs.-
- Henryk Szlajfer, “Latin american “classical” populism and economic nationalism: style and content revisited” Varsovia, con motivo del XX aniversario del CESLA, 26-29 de mayo del 2008, en prensa con las memorias del coloquio.-
- Hugo E. Biagini y Arturo A. Roig (directores), *Diccionario del Pensamiento Alternativo*. Buenos Aires, Biblos / Universidad Nacional de Lanús, 2008, artículos: “Populismo”, “Nacionalismo de izquierda”, “Nueva Izquierda”, entre otros, pp. 418-420, 361-363 y 375-378.-
- Luis Tapia, *Política salvaje*. Prólogo de Dunia Mokrani. La Paz, Muela del Diablo / CLACSO / Comuna, 2008, 126 págs.-
- Roberto Follari, “Los neopopulismos latinoamericanos como reivindicación de la política” en: *Cuadernos Americanos*. México, CIALC (UNAM), Segunda Época, año XXII, vol. 4, n° 126, octubre-diciembre 2008, pp. 11-27.-
- Steven Johansson M., “¿AMLO, populista?”, en: *Casa del Tiempo*. México, UAM, vol. II, época IV, número 14-15, diciembre 2008-enero 2009, pp. 17-20.-
- “Núcleo temático: populismo y Estado”, en: *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y El Caribe*. Tel Aviv, Universidad de Tel Aviv, vol. 19, número 2, julio-diciembre 2008, pp. 7-89.-